



Fernando Royuela

Un invierno

LHG

Don que la
cas joms,
u, el bñ a v
George Sand

hespérides



Un invierno

COLECCIÓN
Las Hespérides

FERNANDO ROYUELA

Un invierno



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2026

© Fernando Royuela
c/o Dos Pasos Agencia Literaria

Madrid, enero 2026

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Diseño de cubierta: *Patricia Romero* para La Huerta Grande

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-84-9
D. L.: M-23378-2025

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Habíamos calificado a Mallorca con el nombre de isla de los monos porque viéndonos rodeados de estos animales, hipócritas, pillastres, y sin embargo inocentes, nos habituamos a guardarnos de ellos ...

George Sand. *Un invierno en Mallorca.*

La vida pasa, los años vuelan, nosotros somos la causa de nuestra propia desgracia. El alma inmortal pervive mientras que, en esta vida, el amor es como el fuego, solo humo.

Transit Aetas. Juditha Triumphans.
Antonio Vivaldi y Giacomo Casseti.

Para George Sand no se trata tanto de viajar como de partir. Partir para sanar. La escritora concibe el viaje como una experiencia curativa. ¿Quién de nosotros, dice, no tiene algún yugo que sacudirse o algún dolor que olvidar?

Sacudirse yugos es una imagen un tanto agropecuaria que avisa de un mundo sedentario e invariable, el mundo de su infancia en Nohant, la hacienda de su abuela paterna en la antigua provincia francesa del Berry. El hombre subyugado a la tierra y la mujer subyugada al hombre. La rutina reproductora funda la civilización y la hace prosperar. Pero Sand se libera del doble yugo que le unce y sale de viaje para Mallorca. Ansía encarnar ese espíritu de libertad que el romanticismo promete. Huye de la tiniebla y busca la luz. Parece contradictorio en una romántica, pero no lo es.

El sol cauteriza las heridas y disuelve la enfermedad: la de su hijo Maurice, la de su amante macilento, Frédéric Chopin. No se trata de una renuncia sino de una aspiración. Al sosiego, a la felicidad. Está en su derecho, como también lo está en decir que si fueron los viajeros ingleses los que popularizaron Chamonix un siglo atrás, ha sido ella quien ahora ha descubierto para el mundo la isla de Mallorca.

Razón acaso no le falte a la vista de cómo el turismo en marabunta consume hoy en día la mercancía de su recuerdo en Valldemosa. Tal vez en previsión de ese futuro abigarra-

do se arrogue el derecho a escribir un libro en el que narre su estancia en la isla. Lo hará a posteriori, años después de regresar de aquel viaje nefasto. Estando allí lo intenta, pero carece de la disposición de ánimo necesaria, confesará. La convivencia con los nativos se le hace cuesta arriba y despo-trica contra todo. Sin perspectiva no hay manera de contar la realidad.

Esta mañana yo también me he despertado despotricando. No tenía que haber aceptado el encargo de este libro, pero el tema me resultaba interesante y el proyecto tentador. Seguro que te apetece escribir sobre el viaje a Mallorca de Chopin y George Sand, me insinuó prospectiva Palmira, mi agente lite-rario. Cierta editor andaba preparando una colección sobre es-critores extranjeros de viaje por España y yo no lo dudé. Tenía que haber rechazado la propuesta, pero a veces sobreestimo mis deseos y caigo en las trampas de la voluntad. Soy una víctima ejemplar de la redención por el trabajo, de la culpa carcomiente que se vincula a la inacción.

Desde la primera vez que, siendo un niño, visité la cartuja de Valldemosa, la estancia en Mallorca de Chopin y George Sand ha formado parte de mi imaginario personal. Palmira lo sabía y por eso me tentó con el proyecto: te iría al pelo, pero si no te apetece le digo al editor que no.

Siempre me había preguntado la razón de aquel viaje in-sólito. ¿Qué se les había perdido en Mallorca al músico y a la escritora? Ahora tenía la oportunidad de indagar en el asunto. El romanticismo es un periodo tremebundo que fascina igual que espanta. Atrae y repele a la vez. Tal vez por ello aceptara el encargo, pero lo hice sin pensar en sus servidumbres, y así he ido postergando la escritura hasta que hace un par de días recibí una llamada de mi agente para preguntarme qué tal iba con el libro.

Va viento en popa, le mentí. Estupendo entonces, ya sabes que este editor es un poco pejiguero y espera puntualidad en el plazo de entrega. Descuida, el libro estará a tiempo, le tuve que decir para no levantar sospechas. Bien, te dejo entonces, no quiero distraerte, que te supongo atareado. Cuando te des un respiro me llamas y quedamos para comer. Han abierto un restaurante al lado de la agencia que te va a encantar. ¿Te gustan las perdices estofadas a la toledana?

Visto lo visto no he tenido más remedio que ponerme manos a la obra y sumergirme en la escritura. El otoño ya ha empezado y me comprometí a entregar el libro en primavera. El tiempo apremia y aunque esta mañana al levantarme no me apeteciera lo más mínimo coger la pluma, me he dado una ducha rápida y me he sentado a mi escritorio con una cafetera hasta arriba de café.

Lo de coger la pluma no lo digo en sentido figurado. Me gusta escribir a mano, lo suelo hacer en hojas sueltas din A4, nuevas, sin reciclar, aunque esta vez haya considerado necesario recurrir a la informática. A pluma, la escritura acompasa mejor el pensamiento y la frase sale esbelta, embellecida por la tinta. La pluma es el apero por excelencia del escritor, el símbolo que porta sus palabras. Así lo expresa por lo menos Cide Hamete Benegeli, autor del Quijote, por boca de la suya cuando dice: *para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir...*

Suelo escribir con la Mont Blanc que por nuestro primer aniversario me regalara Margarita, mi primera mujer. El roce del plumín sobre el blanco crujiente de la hoja deviene en caricia generativa y las palabras se van sucediendo unas a otras con cadencia de balancín. Sin embargo, dada la premura en la que ando, el ordenador se me hace indispensable. Despotrico por ello, pero de tripas hago corazón y me consuelo pensando que la escritura a pluma de este libro hubiera supuesto una conniven-

cia insoportable con el periodo histórico en el que se desenvolverán sus personajes. Nada más aséptico por tanto que valirme del ordenador para mitigar el pringue romántico que a lo largo de estas páginas los habrá de acompañar.

He empezado con retraso a escribir este libro, ya lo he dicho, y debo por ello recuperar el tiempo perdido. Recuperar el tiempo perdido suena a cosa de Proust, pero la concomitancia no debe desviarme del propósito. El dandismo de la prosa de Proust, morosa y detallista, en nada se parece a la desenvoltura de la de Sand, ardiente y agitada. Proust nace en 1871 y Sand muere en 1876. Apenas un lustro de coincidencia en este mundo que traza por sí solo la bisectriz de sus estilos.

He comenzado a destiempo, salta a la vista, y puede que por ello se me acuse de procrastinar, pero la procrastinación no es en sí misma una conducta reprochable ni tiene por qué traer consigo consecuencias perniciosas. Al contrario, la postergación de lo debido a veces sirve de acicate para una ejecución más impecable.

De haber actuado con la diligencia necesaria, el resultado de este libro tal vez hubiera sido diferente, puede incluso que descorazonador. La procrastinación sucede en la vida y no hay por qué rasgarse las vestiduras. Así, por ejemplo, la cuarta sinfonía de Gustav Mahler jamás habría adquirido su perfección sonora si su autor no hubiera procrastinado al componerla. En los tiempos que corren la inmediatez lo enturbia todo, por lo que procrastinar, a fondo y a conciencia, puede entenderse incluso como un acto de rebeldía. Vivimos tiempos de hipertrofia productiva en los que el paradigma de la explotación se encarna

en la autoexigencia. Alguien, no se sabe bien ni quién ni cómo, nos ha convertido en tiranos de nosotros mismos. Ante esta perspectiva tremebunda, la pasividad se instituye en conducta redentora. Pero no pretendo en estas páginas hacer apología de la inacción, ni siquiera reivindicar la quietud contemplativa como paradigma de la sensatez, sino escribir sobre el invierno que George Sand y Frédéric Chopin pasaron en Mallorca.

No me gustaría por lo tanto que alguien sacara la conclusión de que me sentía sobrepasado por el encargo de este libro y sin ideas para afrontarlo, y mucho menos que lo abordé con desaliento, por compromiso y sin apenas convicción. Si lo he ido posponiendo ha sido sólo por la sospecha, a todas luces infundada, de que una prolongada convivencia con sus personajes pudiera llegarme a hartar.